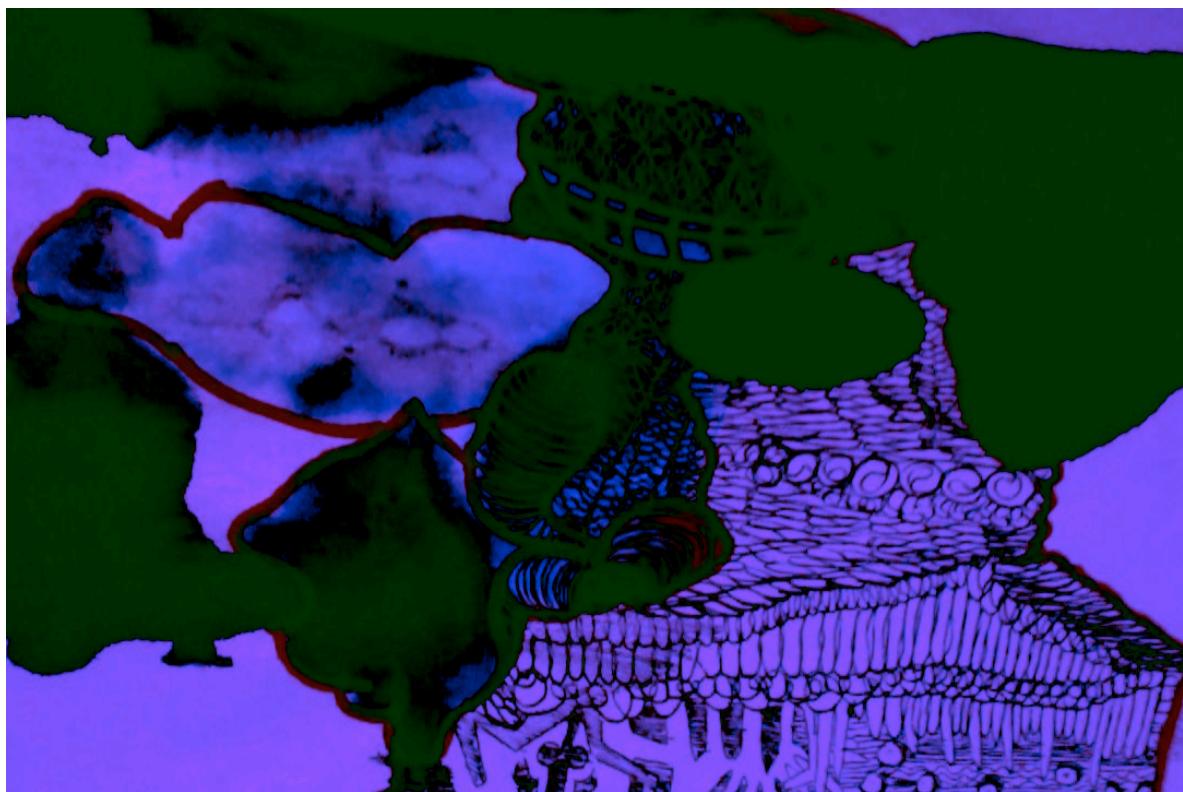


# BRAZALETE DE CORALILLO

E.P. del Cerro



“El ombligo” - Jerald

Un clima templado y húmedo, típico de la región, acompañaba aquella tarde tan memorable. Había neblina que parecía brotar de la misma tierra para ser alcanzada por los rayos crepusculares del atardecer, formando un espectáculo compuesto por plateados espectros. Brillantes destellos se insinuaban entre un hipnótico baile que susurraba insistentes súplicas en una lengua olvidada.

A unos minutos de que incidiera el último haz de luz solar sobre las calles de la colonia, Ernesto se hallaba en casa. Terminaba la tercera partida de ajedrez del día contra su amigo Arturo.

Capturaron a su reina. Arturo ya había asegurado la posición en el centro del tablero.

Ernesto sabía que se encontraba atrapado y a punto de perder el juego:

- Tengo unas flores color anaranjado intenso de *Brugmansia arborea* — dijo Ernesto momentos después de hacer un enroque largo en un intento desesperado de proteger a su rey.
- ¿Y que madres es eso? — respondió Arturo con algo de indiferencia mientras miraba fijo el tablero, calculando su siguiente tiro.
- Es una planta de la familia de las solanáceas que contiene *escopolamina*. Un alcaloide con efectos alucinógenos bastante potentes... ¿Cómo ves? — le preguntó Ernesto incitándolo al consumo.
- No creo amigo, hoy tengo que llegar temprano a casa. Y si es lo que creo que es, me han dicho que es bastante peligroso. Yo no lo tomaría tan a la ligera — respondió Arturo a regañadientes.
- ¡No seas cerrado ... tu y yo sabemos que hay que probar de todo un poco. *Open-mind* bato! — gritaba Ernesto, burlándose. — ¡*Open-mind!* —

- Jaque mate. Y no... esta vez no me vas a sonsacar. Si quieres te cuido en lo que te lo tomas.... es lo más que puedo ofrecer — propuso Arturo, inamovible.
- Acepto amigo, voy a poner a hervir el agua. Acomoda el tablero para otra partida— le contestó Ernesto conforme, mientras sacaba la parrilla eléctrica y un pocillo del armario.

Ernesto tenía dos pasatiempos principales, uno era su afición por la farmacognosia, el otro... escribir sus pensamientos, pero realizaba otras actividades distinguibles, las cuales, a pesar de no considerarlas tan importantes, bien podían ser objeto de admiración. Por ejemplo, este púbero había creado la costumbre de ejercitarse diariamente gracias a su amigo Arturo. Se reunían cada mañana para correr en el cerro cercano a casa de Ernesto y en las tardes salían a jugar fútbol al menos dos veces a la semana durante un par de horas en las canchas de la Facultad de Economía. Este lugar también era aledaño a la colonia donde estaba el grandioso cerro en donde entrenaban los impetuosos jóvenes.

Arturo tenía un talento natural en las expresiones artísticas en el área de la pintura. Una facilidad de combinación de color alucinante. Se concentraba principalmente en la construcción de sus obras mediante la combinación de distintos trazos con patrones repetitivos que el llamaba “tejidos”, que en conjunto formaban una vibrante obra que capturaba los sentidos de forma inmediata.

Ambos esbeltos. Su piel radiante y mirada pacífica pero severa. Sus ojos, en interiores, asemejaban dos tazas de café negro y espumoso, pero cuando los veías a plena luz del día podías notar que eran del color de el té negro cuando es endulzado con miel de azahares. Un dúo listo para explorar las esquinas mas oscuras de esta realidad. De hombro a hombro. Es como lo hacen los buenos hermanos. Dos muchachos llenos de aspiraciones, sueños y

una palpitante fuente energética esperando ser derramada sobre esta tierra fértil con una intención radical de cambio. Dos dignos hijos de Helios.

Ernesto guardaba sus últimos escritos en una libreta vieja que ocultaba con esmero debajo de su almohada.

Le gustaba compartir lo que aprendía en libros, pero recelaba sus propias obras, no le gustaba dejar que nadie las leyera. Arturo lo veía escribir constantemente mientras el pintaba y sabía donde guardaba la libreta. Cuando Ernesto estaba distraído en la computadora o haciendo algún mandado para su madre aprovechaba para echar una ojeada.

Ernesto dejó el pocillo con agua calentándose sobre la parrilla y salió del cuarto. Arturo no perdió un momento para sacar la libreta y comenzar a leer el trabajo más reciente:

“En realidad no recuerdo en que momento perdí el miedo al consumo de drogas. Antes, no estaba de acuerdo con lo que se dice de la marihuana acerca de ser lo que llaman una “droga puente”. Ahora no puedo mas que aceptarlo con desgana pero, debo decir que creo que esta situación se debe a la mala información que se nos da en este tipo de temas. Es decir... nos hacen creer que la marihuana es una droga peligrosísima que hasta te hace alucinar y perder la razón. Que puedes llegar incluso a matar a alguien en el estado de confusión que esta induce. En fin, todos hemos escuchado desde niños historias fantosas de lo que llegan a hacer los “marihuanos” y esto forma una actitud de repulsión hacia ellos y miedo a consumir drogas:

— No vaya ser que me quede en “el viaje”...—decimos.

Luego llegas a una fiesta y te ofrecen un toque y al calor de unos cuantos tragos te desinhibes y aceptas. Fumas unos jalones y te das cuentas de que la verdad no es la gran cosa... no es para nada como esas historias de los abuelos en las que veían elefantes rosados bailando. Después no podemos evitar pensar:

— ¡Si estar pacheco es solo eso, las drogas no están tan mal! — y queremos probar más.

Es por eso que creo que catalogar a la marihuana como droga, igual que las metanfetaminas y la cocaína provoca que los jóvenes, al ya haber consumido y develado el mito de la marihuana, tiendan a consumir las otras de igual manera, pensando ingenuos que el peligro que representa su uso es otro mito.

Por el contrario creo que el alcohol debería catalogarse como droga. Esto por el fuerte síndrome de abstinencia y los peligros a los que te expones y que expones al estar en estado de ebriedad... pero eso es otro tema. A lo que quiero llegar es a lo siguiente: si la sociedad no viera a la marihuana como droga, los jóvenes que llegamos a probarla presentaríamos menor riesgo a exposición y consumo de drogas realmente destructivas.— Ernesto.”

La noche era cálida y apacible, se percibía un aroma familiar a tierra húmeda. Las cigarras silbaban vigorosas envolviendo el ambiente en un resonar armónico que hacía vibrar las cuerdas del espíritu desde su interior.

Cuando Ernesto regresó, el agua estaba a punto de ebullición. Debía comenzar a contar de tres a cinco minutos:

— Basta con hervir dos de esas flores en un litro de agua y tomar una taza — repetía para sus adentros.

Ahí estaban callados... la desaprobación en el rostro de su amigo Arturo se apreciaba bajo la máscara de los resignados. El sabía que cuando Ernesto... ese trastornado en plena obsesión con las plantas alucinógenas se comprometía a hacer algo, ya no había nada ni nadie que le convenciera a dar vuelta atrás. Al menos también sabía que para Ernesto era una costumbre, si no es que más bien una especie de enfermizo ritual, informarse sin descanso acerca de la sustancia que iba a probar. Trataba de leer todo lo disponible con respecto a lo que llamaba su “sustancia experimental” y abarcaba todos los medios posibles, tanto físicos como virtuales para realizar la tarea. Ernesto solía decir que respetaba los venenos, siempre con la esperanza de evadir la posible sobredosis, que en este caso presentaba una probabilidad considerablemente alta.

Los minutos eran largos y pesados, se extinguían en segundos marcados por *microtonos*. No jugaron más ajedrez... tan solo esperaron entre un batiente y disonante silencio:  
—¿En cuánto tiempo se suponía que iba a hacer efecto?—preguntaba Arturo decepcionado. Ya habían pasado alrededor de cuarenta minutos a partir de la ingestión y Ernesto no sentía nada fuera de lo común, sin mencionar un poco de cansancio que bien podía ser adjudicado a un día muy activo.

Había caminado alrededor de veintiún kilómetros montaña arriba. El muy osado llevaba ya unos meses buscando sin éxito un terreno “secreto”. Este terreno supone encontrarse alrededor de las parcelas que hay entre las faldas del bosque de niebla. En aquel lugar místico yace una especie de vórtice energético... las leyendas cuentan que por ahí emana la misma tierra junto con todos sus seres.

“El ombligo” es como lo llaman los nativos, existe quien afirma que es en ese mismo lugar en donde nace... y muere el propio universo...

—Ya me voy a mi cantón. No parece que tengas de que preocuparte. Yo creo que no te hizo efecto — afirmó Arturo.

Ernesto convencido miró su reloj, asintió y lo acompañó a la entrada. Regresó a recostarse en su colchón al ras del piso donde se quedó tendido mirando al techo con la mente en blanco. Estaba muy relajado. Pensó en lo que iba a hacer al día siguiente... visitar a algunos amigos. Súbitamente lo invadió una sed exagerada.

Arturo ya subido en el camión que lo dejaba a unas cuadras de su casa tuvo un mal presentimiento, pero trató de reprimirlo y pronto estuvo tranquilo, descansando en su cama.

Soñó con pueblos coloniales perdidos entre volcanes que aterraban a los pobladores periódicamente. Escaleras zigzagueantes escarbadas directamente del mismo basalto que conformaba los riscos. Las escaleras te llevaban al mercado en el centro de la ciudadela a través de la pronunciada pendiente que presentaba el diseño de las callejuelas. Esto lograba provocar una sensación de vértigo cuando se descendía a través de ellas.

Ahí bajaba Arturo apresurado... súbitamente percibió una especie de terremoto que sacudió el risco de manera abrupta. Por poco y cae por el borde. Cuando recuperó el equilibrio escuchó un fuerte estallido seguido de un barullo de alaridos que logró estremecerlo. Echó un vistazo alrededor. El volcán próximo, que se encontraba a escasos kilómetros, salpicaba abundantes chorros de magma encendiendo el alba con insólitas proyecciones pirotécnicas.

La tierra vibraba estrepitosa. Todo este espectáculo iba provocando una especie de pánico generalizado entre los habitantes. La gente huía despavorida en todas direcciones. Arturo

corrió hacia su casa. Era difícil lograr distinguir el camino pues no se veían mas que sombras difusas. Los transeúntes lo empujaban para abrirse paso mientras el aire se viciaba cada vez mas. Arturo comenzó a toser y... ya no pudo seguir corriendo. Cayó de rodillas asfixiado por el sulfuro.

—¡Tengo que llegar a casa! ¡No puedo dejarla sola! — fueron las últimas palabras que logró evocar.

Miró hacia las montañas del éste en donde se encontraba su casa y pudo ver con claridad como se iban apagando, una a una, las luces de las edificaciones en la colonia... Pudo ver su rostro. Esperándolo en casa. Aterrorizada por la catástrofe...

Arturo sentía como la garganta se le cerraba entre impotentes esfuerzos de respirar un poco de aire... Se llevó las dos manos al cuello y... despertó agitado, bañado en sudor.

La felicidad lo invadió al percibirse que se encontraba en su casa real en donde no tenía esposa y vivía en paz con sus padres lejos de cualquier volcán activo y a salvo del flujo *piroclástico* de una erupción.

—Los sueños llegan a ser tan reales...—pensó alegre de haber despertado.

Se asomó por la ventana y respiro el aire fresco matutino, una sonrisa instantánea adornó su rostro mientras era iluminado por la clara luz del día

— Itzamná— susurraba una voz tenue que cubría el cuerpo de cosquilleos.

El viento golpeó su cara de forma suave. Una corriente tenue y cálida llenaba el ambiente de perfume primaveral... se percibía esa fragancia que hace sentir los corazones vivos.

El cielo estaba despejado. Por un instante la mañana pareció estar suspendida en el tiempo... no se escuchaba ningún ruido alrededor. El sol se elevaba majestuoso y esparcía seda dorada entre los verdes cerros, múltiples aves se regocijaban con su calor mientras acicalaban sus plumajes tornasol. Más a lo lejos se hallaban unas ardillas recibiendo el baño vital que les ofrecía el benévolos astro. Todo estaba lleno de una gratitud y alegría que podía ser apreciada inclusive con los sentidos adormecidos.

Era una dicha estar presente en ese momento. Un mundo lleno de impredecibles instantes que mantienen el suspenso. En cada paso... en cada respiro.

Con los años aprendes a dejarte llevar... a abandonar la imagen que tienes de ti mismo y permitirte ser moldeado por los acontecimientos que experimentas en esta incesante marea de emociones que nos gusta llamar vida.

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! — Arturo tocó la puerta de la casa de Ernesto por quinta ocasión. Ya había chiflado la tonada clave varias veces antes de comenzar a tocar. La incertidumbre invadía su pensamiento, cuando salió la hermana de Ernesto con un gesto desconcertado: —¿Arturo que pasó? ¿Tú estabas con el ayer, verdad? — dijo la hermana de Ernesto con voz quebradiza.

— Sí, estuve aquí con el en la tarde-noche — afirmó — ¿Qué ocurrió? ¿Está Ernesto bien? — preguntó Arturo ya preocupado.

— Nadie sabe donde está — respondió la hermana de Ernesto desilusionada — Ayer comenzamos a escuchar voces en la madrugada... mi Madre me dijo que fuera a asomarme

y ahí estaba él, completamente solo pero platicando como si estuviera con varios amigos...

Era tan extraño... sus pupilas estaban muy dilatadas y cuando me acerqué a él, comenzó a llamarme Diego y... me decía que me invitaba de su chela, me quería entregar algo pero su mano estaba vacía. Aun así tan rígida que en verdad parecía que estuviese sujetando una botella. Yo trataba de hablar con él, le preguntaba — ¿Ahora que te metiste hermano? — pero no parecía escuchar nada de lo que le decía... continuó llamándome Diego y todo el tiempo hacía como si estuviera fumando cigarrillo o tomando cerveza pero nunca tenía nada en sus manos. Lo raro era que cada vez que tomaba un trago de su cerveza imaginaria... era tan real su actuación, hasta se movía su gaznate como si en realidad estuviese tragando algún líquido... por momentos se quedaba parado en silencio con una mirada de susto y volteaba a las puertas y esquinas del cuarto y gritaba:

—¡Sal de ahí! ¡¿Qué es lo que quieras?! — era algo terrorífico debido a sus reacciones violentas.

Estuvo alucinando toda la noche... bebía brebajes inexistentes cómicamente directo de los zapatos que encontraba por la casa mientras tropezaba, andando de arriba abajo por todo el lugar. Platicando con amigos imaginarios y peleando contra monstruos invisibles... yo y mi mamá lo cuidamos hasta que logramos acostarlo a dormir... tuvimos que encerrarlo en su cuarto y quitar todos los objetos que pudieran caer de repisas y armarios ya que constantemente caminaba directamente contra muebles y paredes como si quisiera atravesarlas... pensamos que ya había terminado todo cuando por fin cayó en sueño y nos fuimos a descansar, pero en la mañana... Ernesto ya no estaba... nadie lo escuchó salir — la hermana de Ernesto se echó a llorar — ¿Tú sabes a donde pudo haber ido? — preguntó

mirando a Arturo desconsolada... repitió un par de veces la misma pregunta... Arturo negó con la cabeza.

— No lo sé pero si me enteró en seguida les aviso — pausó un momento y miró su reloj — ¿Pudiera pasar a recoger una libreta que dejé ayer? Es muy importante para una clase a la que tengo que ir ahorita... — le dijo Arturo a la joven mujer.

Arturo no se sentía preocupado en ese momento, él consideraba que su amigo tenía una “mente fuerte” para lo que llamaba “viajes astrales” y pensaba que iba salir de esta sin daños. Tan solo quería asomarse al cuarto de Ernesto para ver si encontraba algún indicio de su paradero. Quizá podría ir a alcanzarlo en donde sea que estuviera...

— Si, pasa. Por favor avísanos si te enteras de algo que nos ayude a encontrarlo... — respondió la hermana con voz entrecortada.

Arturo entró al cuarto, nunca lo había visto tan vacío... quitaron todas las botellas de cerveza artesanal que Ernesto colecciónaba arriba de su armario, no había ni espejo ni cuadros colgados en las paredes, tampoco estaban los burós en donde Ernesto guardaba distintas hierbas que colecciónaba dentro de frascos de vidrio ni el escritorio de cristal templado en donde le gustaba sentarse a escribir... lo único que había en ese cuarto era su colchón tirado en el piso. Y una laptop encima de este.

Arturo metió la mano debajo de la almohada y sacó la libreta, a continuación prosiguió a revisar la computadora. No había nada sustancial en el ordenador, las últimas búsquedas eran: serpientes venenosas, serpientes coralillo y uróboros. Habían sido hechas alrededor de las cinco de la mañana. Esto no le daba a Arturo ninguna pista. Buscó en la libreta y encontró un nuevo escrito, la letra era algo alborotada y poco legible, notablemente grande y disparesa. Arturo leyó con genuino interés el relato de lo acontecido:

“Giré a un costado, preparándome para subir por agua al piso de arriba cuando vi un bulto verde en el suelo del cuarto cerca de la esquina, traté de pensar en que era lo que había dejado ahí cuando me pareció ver que dicho bulto sufría espasmos. En ese momento me levanté para ver de cerca de que se trataba. Cuando estuve en frente quedé sorprendido del hallazgo... ¡Era un sapo! ¡Uno grande y eso no era todo! ¡Estaba siendo atacado por cientos de hormigas! ¡De ahí los espasmos!. Vale la pena mencionar que jamás había hallado sapos ni hormigas dentro de la casa, es por eso que me encontraba muy impresionado.

Inmediatamente intenté ayudar al sapo a salir de su triste situación. ¡Suma sorpresa que me llevé al intentar recogerlo con las manos! ¡Era como si tratara de recoger un holograma! Sé que no me lo creerán pero de manera misteriosa mis manos atravesaban su cuerpo, cómo si habláramos de un fantasma. Un escalofrío recorrió mi espina.

El sapo pateaba en agonía mientras decenas de hormigas subían por su cuerpo y picaban su piel ya hinchada. Ahí me encontraba frente a él, impotente, intentando rescatarlo entre mis manos en vano. Me habían reducido a un espectador en aquella sádica y frustrante escena.

Ya atónito y con la boca completamente seca... decidí dejar al sapo un momento e ir a tomar agua al segundo piso... donde se encontraba mi Madre, una observadora veraz y minuciosa.

Salí del cuarto, dirigiéndome a las escaleras, cuando estuve frente a ellas y naturalmente comencé a subirlas me llevé la tercera sorpresa de la noche. Tropecé en el borde del primer escalón como hubiera hecho un bebé que todavía no calibra su percepción espacial ni habilidad motriz. Así subí a topes el primer escalón y confundido miré hacia abajo pensando que quizás había ocurrido algo raro como una ruptura o posiblemente hubiese un

objeto ahí tirado pero, todo se veía normal. A pesar de hacer una serie de cálculos con ayuda de la mirada, en cada paso tropecé idénticamente. Estaba consciente y lúcido en la mente pero mi cuerpo comenzaba a responder como si estuviera totalmente ebrio. La sequedad bucal ya era insopportable y caí en una desesperación tal, que me llevó a subir a tropezones estrepitosos la escalera... naturalmente esto llamó la atención de mi Madre que salió a preguntarme cínicamente:

—¿Así de borracho estás eh?—

— No Mamá solo tengo mucha sed, discúlpame— Al menos fue lo que intenté decir por que tenía la lengua tan hinchada y la boca tan seca que tan solo evocaba unos chasquidos indescifrables.

— ¡Mírate nada más!— dijo mi Madre enojada — ¡No puedes ni hablar de lo borracho! ¡Ya toma agua y vete a dormir para que se te baje!— me gritó molesta.

No queriendo empeorar la situación me limité a tomar un par de tazas y luego servirme otra para bajar enseguida a tropezones en medio de un escandalo peor del que realicé al subir.

Mientras bajaba, escuchaba a mi Madre maldecir por mi estado deplorable.

Cuando entré a mi cuarto estaban ahí esperándome todos mis amigos y la taza de agua que llevaba conmigo se había convertido inadvertidamente en una caguama familiar. Sabía que algo andaba mal pero me dejé llevar, mis amigos me saludaban emocionados de mi llegada... no pude dominar la sustancia... ahí fue cuando perdí el volante.

Aunque el hecho de que estuvieran rodeado de mi banda era totalmente ilógico, tan solo dejé de cuestionarme... era cómo si se tratara de un sueño. De hecho, mis amigos no tenían el aspecto que en verdad tienen, pero esto tampoco hacia sonar ninguna alarma y de un segundo a otro ya estaba ahí disfrutando de la compañía de quienes suponían ser los

mejores amigos. Tomábamos cerveza y fumábamos cigarrillos conversando de anécdotas tanto divertidas como vergonzosas de esa forma que solo los mejores amigos saben hacer.

Héctor platicaba de la vez que los detuvieron los policías camino a un poblado cercano por ir fumando unos Bob Marley's con todas las ventanas cerradas junto con otro par de compas para "hornearse". Era un Volkswagen. Dijo que el interior del vehículo estaba tan lleno de humo que el conductor tenía que acercarse al vidrio para poder ver el camino. Cuando los policías los detuvieron y el conductor abrió la ventana para atenderlos salía tanto humo de la ventana que parecía que el automóvil se estuviese incendiando, esto les causo una gracia incontenible a los policías. Al final los dejaron ir por doscientos pesos por cabeza. Siguieron fumando todo el camino.

Andrés contó cuando íbamos en un taxi rumbo a un rave y nos detuvieron en un retén de policías para revisar a los pasajeros y el coche. Habíamos comprando entre todos una onza de hierba y él la guardaba en su bolsillo. Todos lo sabíamos. Cuando los policías nos bajaron para revisarnos ya teníamos las gónadas en la garganta. No encontraron nada y nos dejaron subir al taxi y seguir nuestro camino. Estábamos tan felices que celebramos la hazaña sin importarnos la presencia del conductor del taxi.

– ¿No mames cabrón cómo le hiciste? – le preguntó alguien a Andrés  
Resultó que cuando se dio cuenta de que nos iban a detener por que vio a un policía  
haciéndole la indicación al chofer, Andrés actuó de forma inmediata. Llevaba una sudadera  
y se metió la mano al bolsillo y deslizó la bolsa con la marihuana en la manga de esta. Los

policías no se preocuparon en revisarnos de forma minuciosa, si no que solo buscaron en los bolsillos. Esa noche fumamos durante toda la fiesta. Andrés era el héroe.

Pepe recordó la fiesta sin límites que organizó en la casa de vacaciones de sus padres. Ese día sufrí una congestión etílica de las mas severas que he tenido que superar. Éramos sumamente irresponsables. Nos metíamos completamente briagos al río ya crecido y en la oscuridad. Recuerdo que por poco me ahogo. En realidad no me acuerdo cómo fue que llegué a la casa ese día...

Vivíamos una realidad desenfrenada, sin miedos. Las chicas nos buscaban por que la pasaban bien con nosotros, locos y apasionados, no teníamos tiempo para procurar las apariencias cuando había tanta vida para disfrutarla dejándote llevar, entregándote a las pasiones mas bajas.

—¿Qué importa lo que digan de mi?

—Me la estoy pasando de lujo

Platicamos por largo rato, hasta que las botellas no alojaron ni una pequeña gota y las cajetillas de cigarros terminaron llenas de ceniza.

Cuándo se acabó el trago y salí naturalmente para comprar más. Sentí que alguien muy tenebroso me observaba escondido atrás de la escalera del patio.

—¡ Hey Tú! ¡Quién eres! — le grité mas enojado que espantado.

La figurilla no hizo ruido alguno pero permanecía observándome, cosa que me ponía cada vez mas incomodo ya que tenía una cara sumamente tenebrosa y una mirada espeluznante.

—¡Hey! ¡Sal de ahí ahora! ¡Que es lo que quieres! ¡Que buscas!— grité iracundo  
El ente reaccionó escabulléndose despavorido hacia una esquina trasera del patio.  
Lo persegui y me di cuenta de que había dejado tirado dinero en el camino de su huida, varias monedas de diez y billetes de distintas denominaciones habían quedado en el suelo del patio por donde había pasado el ser. Comencé a recoger el dinero alegremente olvidándome de la criatura, iba contando cuanto juntaba y pensando en las cosas que compraría.

— Una botella de whiskey, un par de cajas de cigarrillos, unos hielos, agua mineral— pensaba con regocijo mientras seguía recogiendo todo el dinero que hallaba en el piso— Creo que eso es todo— pensé observando los alrededores.

Haciendo cálculos había juntado unos quinientos ochenta. Caminé hacia la puerta de salida y una vez frente a ella saqué el dinero de mi bolsillo para contar lo nuevamente. Lo único que hallé en mi bolsillo era una fina arena. Muy delgada, como la que se encuentra en las playas del pacífico. Una corriente de viento provocó que toda esta arena se deslizara por mis manos dejándolas de nuevo vacías. Cuando voltee confundido buscando el dinero que se me había caído, sin querer aceptar que acababa de presenciar una trasmisión verídica de dinero a arena, me percaté de que mi incomodo acompañante seguía observándome.

Ahora me miraba desde un rincón obscuro del patio. Perdiendo la paciencia y pensando que quizá aquel ente era el que estaba orquestando todo este desquiciado experimento conmigo como sujeto prueba, grité iracundo:

—¡Déjame en paz maldito demonio! ¡Que es lo que quieres! ¡Ya deja de esconderte!—

Corré para sujetarlo pero cuando llegué a su escondite ya se había esfumado. Me senté en el patio desesperado y con las orejas entre las rodillas, balanceándome y pidiéndole a este ser que me dejara tranquilo.

— Aquí todo es arena — dijo una voz profunda y lúgubre que invadió la conciencia de Ernesto — no vengo a molestarte ni vengo a buscar nada pero si se lo que tu estás buscando, ¿Sabes de que hablo eh?.

— “El ombligo” — contesté sin pensar

— Escúchame bien — dijo la voz con seriedad — No hay una sola puerta para entrar. Y más que un lugar en el espacio, es un momento específico el que conforma la llave hacia el ombligo. Una serpiente coralillo tragándose su propia cola. Ese es el símbolo semilla. Cuando la halles utilízala como brazalete en tu brazo derecho. En ese momento serás juzgado y si se te encuentra lo suficientemente valioso se te dejará entrar, de lo contrario el brazalete se separará y serás mordido mortalmente por la serpiente... esta es la única manera de conocer el ombligo, y es el riesgo que debes estar dispuesto a afrontar si en realidad quieres conocer los secretos del portal de mundos. Los terrenos donde has estado buscando son los indicados, tan solo concéntrate en encontrar el uróboro y haz lo que te dije —

En ese momento estaba todo muy oscuro y me encontraba cansado como para comenzar el viaje. Investigué algunas cosas en internet y decidí dormir un poco y partir por la mañana a buscar a la serpiente, no sin antes escribir con dificultad todo lo acontecido en mi viaje. Esto lo digo por que he despertado con una capacidad visual deplorable, me cuesta enfocar y no puedo leer ni siquiera los libros con letra grande, me esforcé en intentar hacer este escrito legible y en verdad deseo ser juzgado merecedor de conocer

el ombligo. Ya sea que lo logre o no quiero decírselo a mi familia y amigos, que los amo y que lamento tener que hacerlos sufrir si es que desaparezco o peor... quiero que sepan que las cosas que decidí en este plano fue en plena conciencia y en ejercicio de mi libertad y afán de explorar nuevas realidades y conocer estímulos ocultos que muchas veces solo pueden ser liberados por medio de sustancias exógenas. — Ernesto, el *psiconauta*"

El día se había nublado y se escuchaban algunos relámpagos no muy lejanos. Arturo se asomó por la ventana y observó como empezaban a caer las gotas, golpeaban los techos y aceras entre síncopes y contratiempos cada vez más abundantes. Se trataba de una lluvia torrencial, lo cual era normal en la zona. Pero esta era mucho más fría que de costumbre. En poco tiempo la temperatura del cuarto bajó lo necesario como para hacer a Arturo temblar involuntariamente. Pensando refugiarse en lo que terminaba la lluvia se acostó en la cama de Ernesto y se tapó medio cuerpo con la cobijilla. Ahí se quedó inmóvil, mirando al techo, pensando en su amigo perdido. Lo pudo ver deambulando entre la neblina de las montañas y a continuación adentrarse descalzo a un oscuro bosque... al observar más detenidamente pudo notar que éste se encontraba completamente desnudo, lo único que llevaba puesto era una pulsera de colores en su muñeca derecha. Pudo ver el patrón de la pulsera, los tonos eran: rojo, amarillo, negro, amarillo.

Cuando Ernesto se perdió dentro del frondoso bosque se percibió una fuerte descarga eléctrica y un sonoro y chispeante estallido, lo que provocó que una densa nube de humo se levantara y envolviera el bosque entero, haciéndolo desaparecer. Ahora lo único que se podía distinguir era un incandescente resplandor de un tono verde azulado en el centro del humeante alrededor.

Arturo sintió algo de culpa por no haberse quedado mas tiempo para cuidar a su amigo y se quedó pensando si lo volvería a ver... quiso ir a buscarlo, deseando que pronto pudieran bromear acerca de esa ocasión y referirse a ella como: "la vez que Ernesto tomó té de floripondio".

La lluvia cesó abruptamente y el complicado golpeteo pluvial que empapaba los sentidos fue remplazado por cantos de cientos de pájaros con diversas voces y tesituras. Esta conmovedora sonata ornitológica no era mas que el eco de las figuras rítmicas hidrodinámicas que habían cesado hace unos instantes.... y en el fondo, si escuchabas con los oídos correctos, se podía distinguir que el trinar de las aves seguía tejiendo la misma compleja red que se percibía con el caer de las gotas de agua. Por unos segundos Arturo creyó comprender el patrón oculto entre los "rebotes" del "estímulo original". Ya no era tan complicado, pensó que podía predecir el siguiente... el sonido que predominaría después del que estaba siendo emitido en ese momento por las aves.

Supuso que al final todo se reducía a una sola gran oscilación, tan lenta que no tenía sentido hablar de tiempo o desplazamiento. No había distinción entre ayer, ahora o mañana, y que esa vibración no discrepaba entre sonido y cuerpo, entre sentimiento y luz.

Arturo apagó su pipa, se levantó de la cama y guardó la libreta en su mochila. Mientras salía de la casa de Ernesto se quedó mirando la gran puerta de madera pintada de negro y recordó con nostalgia la estrofa de un viejo poema que había escrito su querido amigo hace ya unos años. No pudo recordar mas que este pequeño fragmento, el cual permaneció reproduciéndose repetidamente en su cabeza:

“Aquí estaré,  
bailando y cantando.  
Cantando y bailando,  
los caminos que tomé.”